

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



EL EMPERADOR DE ANTARES



DESTINO

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



**EL EMPERADOR
DE ANTARES**

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Juan Gómez-Jurado, 2020

© de las ilustraciones, Fran Ferriz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23126-4

Depósito legal: B. 13.196-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



COMO SI NO LA CONOCIESEN

Los hylanos corrían por la explanada que se extendía alrededor de la entrada de la mina de materia oscura sin saber muy bien qué hacer. La súbita aparición de las naves antareanas había acabado con la alegría producida por el nombramiento de un nuevo rey de Hyla.

Sho-Koh continuaba sosteniendo entre sus manos la tableta que le había dado el soldado. Sobre su pantalla todavía podía leerse el mensaje enviado por la flota que cubría el cielo de todo el planeta: «Rendid ahora mismo el portal de materia oscura, en nombre del emperador de Antares». El lagarto no pudo evitar pensar que su primer día como rey no iba a terminar del todo bien. No

es que él desease ser rey, era algo que no había elegido, lo habían decidido los hylanos tras conseguir vencer al monstruo zarkiano que se había infiltrado en Hyla, pero ahora que era el rey, tenía que proteger y cuidar a sus súbditos.

Y su primera decisión tendría que ser si ir o no a la guerra contra Antares.

Los ojos del lagarto se posaron sobre Maia, que, avergonzada, inclinaba su cabeza hacia el suelo sin atreverse a sostenerle la mirada. Al fin y al cabo, todo aquello era culpa suya.

—Joven, antareana, no sé qué pensar de todo esto. Espero que puedas explicármelo más tarde, pero ahora tenemos que invitar a descender a nosotros... —el hylano dudó antes de decir la siguiente palabra— visitantes.

—Es lo mejor..., majestad —se atrevió a decir Maia, todavía con los ojos clavados en el suelo.

Alex, Tycho, Blop y Havee estaban tan sorprendidos como los hylanos, sus cabezas alzadas hacia las naves que impedían ver el cielo y la confusión rebosando de todos sus gestos. Intentaban conseguir, sin éxito, la atención



de su amiga antareana, pero ella había decidido que las botas de su uniforme de cadete eran lo más interesante del paisaje.

El rey de Hyla llamó a la calma a sus súbditos y pidió a los soldados que enviasen un mensaje a la flota invitándolos a descender y parlamentar. Antes de dirigirse al inmenso complejo en el que vivían, lanzó todavía una última mirada a los cadetes en la que había más extrañeza que reproche y se dirigió a paso ligero a la sala del trono, donde recibiría a la comitiva antareana.

En la mente de Maia se mezclaban la vergüenza y el miedo a partes iguales. Por un lado, estaba Sho-Koh, que primero les había escuchado y después les había ayudado poniéndolos a ellos por encima de sus propios intereses... Y, ¿cómo le pagaba ella? Con una invasión por parte de uno de los planetas más poderosos de la Confederación. Y por otro lado, estaban sus amigos, a los que llevaba mintiendo casi desde el día en el que se conocieron. No creía que pudiesen perdonarla nunca.

La niña sacudió la cabeza intentando arrojar fuera esos pensamientos. Ella era quien era y se debía ante todo a Antares. O eso le habían dicho desde que comenzó a en-

tender lo que los adultos le decían. Era su destino y su deber. No podía luchar contra ello.

Pero ¿quería luchar contra ello?

La voz de Alex le impidió contestar a esa pregunta.

—Maia, ¿sabes qué está pasando? —preguntó el chico por fin.

—Eeh... Luego os lo digo —contestó ella separando los ojos del suelo y posándolos sobre su amigo.

Los otros cadetes la miraban como si no la hubiesen visto nunca antes, como si no la conociesen. Maia sintió deseos de gritarles que era ella, que seguía siendo su amiga. Sin embargo, no estaba segura de que ellos la creyesen. Tampoco estaba segura de que pudiese seguir siendo su amiga.

Las cosas iban a cambiar muy pronto.



¿QUIÉN ERES?

Las naves antareanas descendieron sobre Hyla. Los cruceros enviaban naves más pequeñas en las que viajaban los altos mandos. Las primeras se posaron en el planeta y vomitaron a sus ocupantes. Alex pensó que, así, de cerca, eran mucho más impresionantes, más grandes y con un aspecto más agresivo. Ahora era posible ver los cañones que se extendían a lo largo de todo el fuselaje.

Según abandonaban sus transportes, los soldados antareanos corrían a ocupar sus posiciones. Estaba claro que habían recibido órdenes con anterioridad. Los hylanos que quedaban en la explanada miraban confusos a su alrededor. Los que portaban armas las soltaron al ser conminados a ello por los invasores.

Uno de los antareanos más imponentes se acercó a Maia y a sus amigos y con un gesto que a Alex le recordó los saludos militares de la Tierra, aunque no era igual, dijo:

—Señora, tal y como solicitó, hemos venido con el grueso de la flota. Estamos bajo su mando.

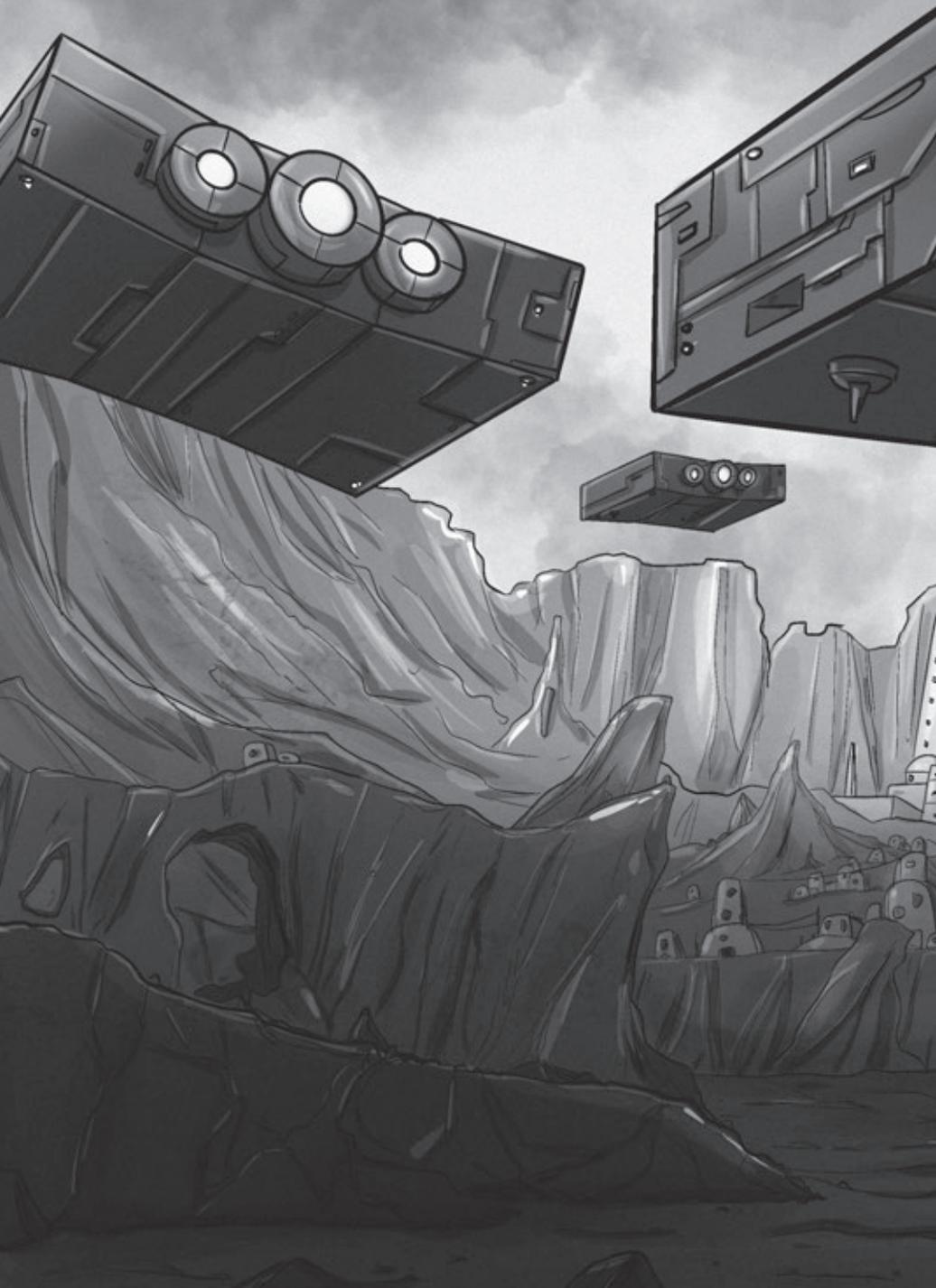
—Gracias, Meldor, a partir de aquí yo me ocupo —contestó Maia con seguridad—. Lo primero, estos cadetes tienen que regresar a *MADRE*...

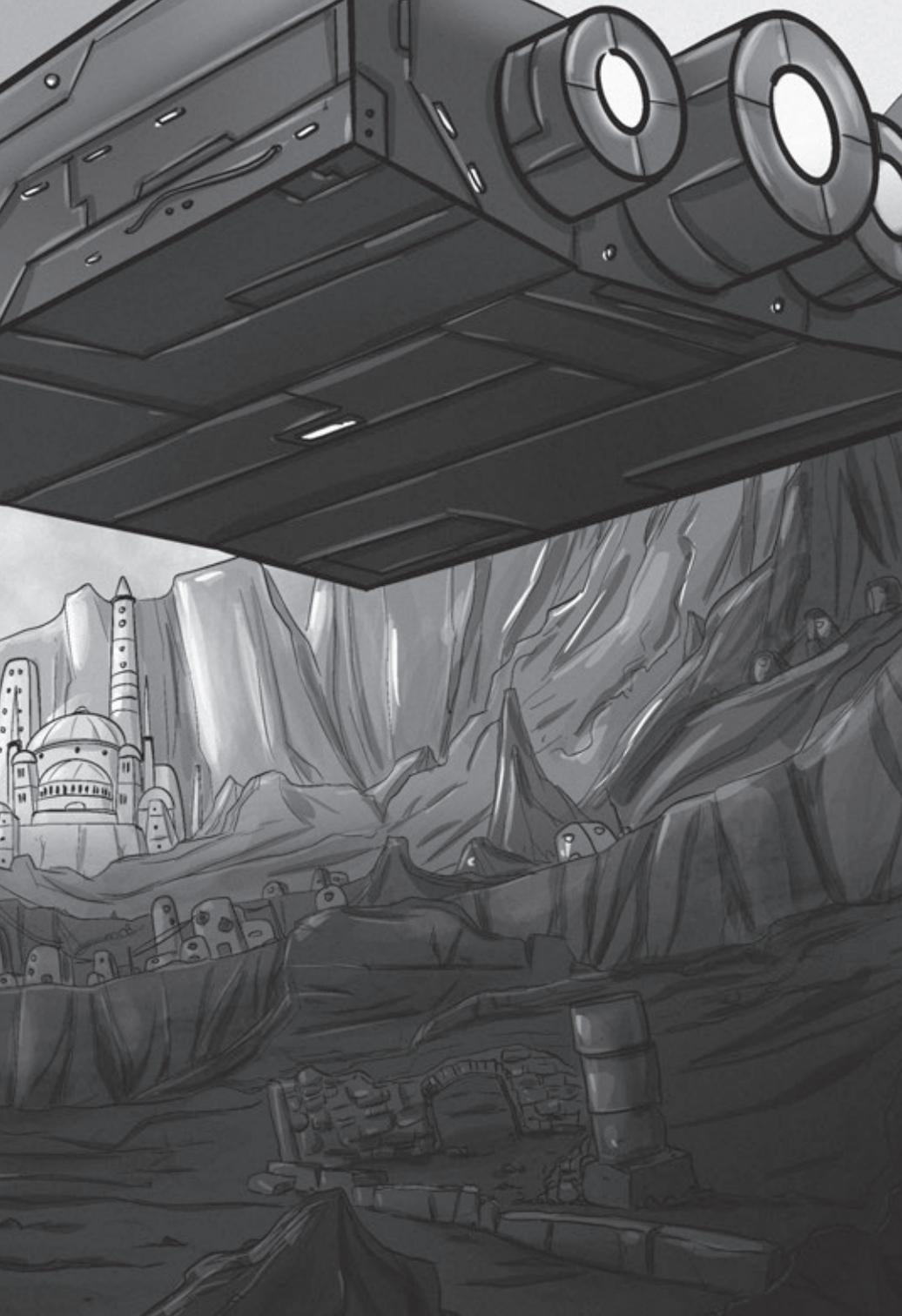
—Maia, ¿qué dices? Y ¿tú qué harás? —exclamó Tycho acercándose a ella. Dos antareanos le impidieron el paso sujetándola por los brazos.

—¡Soltadla! —gritó Alex dando patadas y puñetazos a los soldados que agarraban a su amiga.

Blop se frotaba las manos nervioso, mirando en torno a él, atemorizado, mientras Havee daba saltos alrededor del grupo que formaban los soldados, Maia, Tycho y Alex. La antareana pudo ver que, poco a poco, comenzaba a crecer.

—¡Alex! ¡Tycho! ¡YA BASTA! —Maia intentaba hacerse con el control de la situación; si Havee cambiaba, tendrían problemas. Muy grandes. Y azules, para





ser exactos—. ¡Y vosotros! —continuó dirigiéndose a los soldados, ¡soltadla! Es una orden.

Los soldados dejaron libre a Tycho, que se acercó a su amiga mientras Alex intentaba tranquilizar al mulkachiano. Blop se acercó a ellos para ayudar, necesitaba hacer algo, sentirse útil.

—¿Qué pasa, Maia? ¿Qué es todo esto? ¿Qué hace aquí este ejército? —preguntó Tycho—. ¿Por qué te llaman señora y por qué puedes darles órdenes? ¿Quién eres?

—No puedo decírtelo... Todavía. —La tristeza empañaba la voz de Maia, pero, aun así, se mantenía firme—. Tenéis que confiar en mí. Debéis volver a *MADRE*.

—¿Y tú? ¿Qué harás? —Alex se acercaba con Havee agarrando su mano, todavía un poco nervioso, y Blop en su aerodeslizador detrás.

—¿Yo? —Maia se quedó pensativa unos segundos—. Yo... Tengo cosas que hacer y para ello, necesito la holosfera con los planes del Zark. Alex, dámela, por favor.

Este estaba tan sorprendido que ni siquiera discutió. Sacó la bola de uno de sus bolsillos y se la tendió a su amiga, que la cogió con gesto serio.

—Por favor, Alex, confiad en mí.

—No sé si podemos —dijo el niño—. No sabemos quién eres.

—Tenéis que volver a *MADRE* —insistió Maia—. Es por vuestro bien, yo...

—Da igual, Maia... Da igual. —interrumpió Alex. La niña se estremeció al sentir el hielo en la voz de su amigo, aunque ya no sabía si podía seguir llamándolo amigo—. Tanto si queremos volver como si no, tienes todo un ejército que hará lo que les ordenes... Nos vamos. No queremos pelear contigo, tenemos todas las de perder.

Alex miró a Tycho, Blop y Havee, que asintieron en silencio. Se separó de Maia hasta situarse junto a ellos. Maia sintió que un muro se levantaba entre ella y sus amigos. El llanto amenazaba con asomar a sus ojos, pero no podía mostrar debilidad. No delante de todos.

—¡Lleváoslos! —ordenó Maia a los soldados—. Si alguno de ellos sufre algún daño, yo misma me encargaré de hacéroslo pagar.

Los antareanos escoltaron a Alex, Tycho, Blop y Havee hasta una de las naves. Ninguno de ellos se volvió

para mirar por última vez a su amiga, y Maia se dio cuenta de ello. Cada vez le costaba más contener la tristeza.

Los cuatro cadetes subieron por la rampa y desaparecieron en el interior de uno de los transportes. Maia vio cómo despegaba sin permitir que la pena y el dolor que sentía en esos momentos se reflejase en su rostro. Siguió con la mirada cómo la nave se alejaba llevándose a sus amigos, sus únicos amigos.

No sabía si volvería a verlos ahora que debía hacerse cargo de sus responsabilidades.

La nave desapareció de su vista y ella encaminó sus pasos hacia el complejo hylano tragándose las lágrimas.